

de los caciques y de los conquistadores y los nobles ingleses... Un dominio del inglés y una cultura raramente hallada en el caso de un poeta joven como éste, y especialmente en uno de tal temperamento ardiente».

De la Selva está preparado, como pocos, para hablar en América con autoridad plena, sobre nuestros problemas y orientar a la juventud: su cultura varia, su actividad de trabajador honrado, su insaciable curiosidad en medio de una vida medio misteriosa y con tiempo para todo, y sobre tanta excelencia un orgullo de príncipe azteca o de lord inglés y una inocencia muy rara ahora, le dan ejecutorias para ser corifeo de la nueva América. Frost, el viejo Markham, Amy Lowell y sobre todo la Sta. Vincent Millay son sus amigos entre los poetas de este país; y como escribe en inglés, —tan magistralmente como en español, —¿qué poeta en nuestro idioma es capaz como él de darnos la diaria sorpresa de su aurora? En el *New York Evening Post* leemos con frecuencia sus comentarios sobre libros que hablan de la América Latina; y últimamente trazó varias páginas (sobre Miranda y el Padre Hidalgo las mejores) en el boletín de la Unión Pan-Americana. Acaba de regresar a Nueva York, a su aldea estentórea, donde él oye grandes voces y se contenta con un humilde cuarto de estudiante donde es visitado por el crepúsculo y por los pajarillos trabajadores.

—¿Conoce usted León?—me preguntó de nuevo el otro día. Nicaragua está en una situación definitiva: es como cuando cae la nieve o va a venir la Muerte.

Una de las preocupaciones de este poeta, aunque él aparente indiferencia, es la suerte de su tierra, el qué será de Centro América. Y tal inquietud le ha estallado en algunos poemas. Sufre cuando piensa en nuestros jóvenes, en el alcohol que los corroe, la pereza que los arrulla, los chismorreos de barrio que los preocupa, y la guerra civil que completa la obra del alcohol y la pereza. ¡Cómo cuando cae la nieve! Pero algunos han logrado escapar en esa turbonada; y de la Selva es uno de ellos, pues si sabe ser un hombre para cumplir sus deberes de poeta, allí en su alero de Nueva York sueña y construye, mientras afuera se oyen alaridos humanos, como de fieras que se pelean por la carne en este cotidiano delirio de la concupiscencia.

Una página sobre Pater y unos versos recientes de él son el mejor saludo que envía, por mi medio, al REPERTORIO. Mañana, es decir otro día, diré algo de don Alberto Membreno, el buen amigo a quien acabo de perder y cuya labor de hombre de letras es una de las más prestantes en la historia del Istmo.

Lo recuerda con cariño su

RAFAEL HELIODORO VALLE

LA GIOCONDA

LA *Gioconda* es, en el verdadero sentido, la obra maestra de Leonardo, el ejemplo revelador de las tendencias de su pensamiento y su labor. En poder de sugestión, sólo la *Melancolia* de Durero le es comparable, y ningún simbolismo pobre, turba el efecto de su misterio atenuado y lleno de gracia. Todos conocemos la faz y las manos de la figura, colocada en su sitio de mármol, en el círculo de rocas fantásticas, como bajo tenue luz submarina. Tal vez entre todas las pinturas antiguas, es la que el tiempo ha desvanecido menos, —aunque, según Vasari, había un encanto mayor de carmesí en los labios y mejillas, perdido ya para nosotros.

Como a menudo sucede en las obras donde la invención parece tocar sus límites, hay en ella un elemento que fué dado al pintor, no inventado por él. En el inestimable folio de dibujos que estuvo en posesión de Vasari, existían ciertos estudios de Verocchio, caras de espléndida belleza, que Leo-

nardo en su infancia copió frecuentemente. Es difícil no unir estos dibujos del viejo maestro, como principio germinal, a la impenetrable sonrisa, de sugestión siempre vagamente siniestra, que flota sobre toda la obra de Leonardo. Además, este cuadro es un retrato. Desde la infancia vemos esta imagen definiéndose en la fábrica de sus sueños; y si no fuera por los testimonios históricos expresos, podríamos imaginar que ésta no fué sino su dama ideal encarnada y visible al fin. ¿Qué relación había entre una florentina viva y esta criatura de su espíritu? ¿Por medio de qué extrañas afinidades se habían desarrollado así, lejos una de otro, la persona real y el ensueño, tan cercanos, sin embargo, en esencia? Presente en su origen, incorporadamente, en el espíritu de Leonardo, vagamente esbozada en los dibujos de Verocchio, él la encuentra por fin en la casa del Giocondo.

Cuanto hay de mero retrato en la obra, lo prueba la leyenda que narra

como, por medios artificiales, con la presencia de actores y flautistas, se obtuvo la singular expresión del rostro. Pero ¿fué en cuatro años, con labor constantemente renovada y nunca realmente concluida, o en cuatro meses, y casi por toque de magia, como se realizó la imagen?

La presencia que tan extrañamente surgió así junto a las aguas, expresa lo que en el curso de mil años los hombres habían llegado a desear. He aquí la cabeza sobre la cual *se han realizado los fines del mundo*; y así, los párpados están ligeramente fatigados. Es una belleza compuesta para irradiar desde adentro sobre la carne, —depósito, célula por célula, de extraños pensamientos y fantásticos sueños y pasiones exquisitas. Colocadla por un momento junto a una de las blancas diosas griegas, o de las mujeres hermosas de la antigüedad, y las veréis turbarse ante esta belleza, en la cual ha encarnado el alma con todos sus males. Todos los pensamientos y la experiencia del mundo se han dibujado y modelado allí, en el poder, que conllevan, de refinar y hacer expresiva la forma exterior: el naturalismo de Grecia, la lujuria de Roma, los ensueños imaginativos, el retorno del mundo pagano, los pecados de los Borgias. Ella es más antigua que las rocas entre las cuales se sienta; como el vampiro, ha estado muerta muchas veces y conoce los secretos de la tumba; ha descendido a mares profundos, y de ellos conserva, a su alrededor, el ambiente de marchita luz; y ha traficado, por tejidos raros, con mercaderes orientales; y, como Leda, fué la madre de Elena de Troya; y, como Santa Ana, fué la madre de María; pero todo esto no ha sido para ella sino como el son de liras y flautas, y vive tan sólo en la delicadeza con que ha modelado las cambiantes líneas y ha teñido los párpados y las manos. La idea de una vida perpetua, condensadora de mil experiencias, es antigua; el espíritu moderno ha concebido la noción de humanidad como tejido y resumen de todas las formas de vida y pensamiento. Ciertamente, Dama Lisa puede estimarse como la encarnación de la antigua fantasía y como el símbolo del espíritu moderno.

WALTER PATER

(Trad. de P. Henríquez Ureña).

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.